



XV Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2013

CATEGORÍA INFANTIL: Segundo Premio

Relato premiado: *“Un secreto confesable”*.

Autor / a: Pedro Javier Gomez Fernández. Santander.

UN SECRETO CONFESABLE

En la era más remota y antigua que podáis recordar, existía una Comarca muy próspera y fértil sin nombre ni renombre. Con mucho trabajo, sus pobladores consiguieron grandes avances para cultivar sus tierras, que hicieron de la región, una zona muy desarrollada en aquel entonces. Tal era así, que su fama traspasó fronteras, llegando incluso, a regiones muy lejanas. Por ello comenzaron los más variados mitos y leyendas, fruto de la envidia y otras malas intenciones, sobre este pueblo tan maravilloso como misterioso.

Unos decían que tal desarrollo había sido posible porque tenían una mina de oro escondida en una cueva, a lo alto de la montaña, donde una hechicera cuidaba celosamente de la entrada y ahuyentaba con sus maleficios a cualquier forastero que por allí se acercara. Así que el pueblo recibía toda clase de visitas: buscavidas y bandidos con ganas de saquear un tesoro, caballeros y también príncipes reales. Pero nadie encontró la famosa mina de oro ni hechicera alguna, aunque todos salían asombrados por la buena salud de los habitantes del pueblo, que trabajaban largas jornadas en el campo y, sin embargo, su piel era rozagante y fresca, con un aspecto tan saludable que parecía que no envejecían nunca.

Una vez más, se desataron los rumores. Estaban seguros de que ese pueblo tenía un misterio por el cual, todos estaban más jóvenes y la comarca era tan próspera y desarrollada. Entonces comenzaron a llegar peregrinos de todos lados haciendo largos caminos, y con disimulo, se quedaban a vivir en el pueblo por varias semanas, intentando descubrir el secreto de tanta juventud. Al cabo de un tiempo se iban de vuelta, convencidos de no haber encontrado ningún secreto. Nadie se percataba de que

precisamente, recibir tantos visitantes estaba trayendo más prosperidad al pueblo sin nombre.

Hasta allí se acercó entonces el Gran Príncipe Real de las Altas Tierras Rojas.

Arrastrado por su curiosidad y las ganas de saber los motivos de tanta prosperidad para así poder llevarlo a sus tierras y hacer a su reino más fuerte, llegó el Gran Príncipe Real acompañado de parte de su ejército y séquito.

Los modestos habitantes del pueblo se quedaron impactados de las telas y tejidos de los trajes del caballero y sus acompañantes: ¡Brillaban como el oro!, y, como siempre atendieron amablemente a tan distinguido visitante como a tantos otros que habían recibido durante meses sin saber por que.

El Gran Príncipe Real de las Altas Tierras, tenía fama de alocado, vago y mentiroso. En muchas ocasiones se había apuntado como suyas, algunas batallas en las que nunca había participado. Le encantaba el lujo y la opulencia, pero a la vez era justo con su pueblo: un Reinado próspero que había heredado de su padre el Rey Fernando. Hacía algunos años que la Corte Real deseaba que se casara, pero el Príncipe esquivaba los muchos anzuelos y trampas que le lanzaban para “cazarlo”.

Se instalaron en la única posada del pueblo y el Príncipe se dispuso a dar un paseo por los valles y terrenos cercanos para conocer mejor las famosas tierras de las cuales había oído todo tipo de leyendas. Acompañado por dos de sus ayudantes más fieles, decidió ir por el borde del río hacia arriba, siguiendo su cauce hacia lo alto de la montaña para ver donde nacía, y buscar allí la cueva que todos hablaban. Comprobó que la vegetación era muy frondosa y verde, y que daba todo tipo de cultivos que no conocía ya que las tierras de su Reino eran difíciles de trabajar y no daban frutos como estos.

Entonces el Príncipe vio un árbol impresionante al borde del río, muy singular, que daba unos frutos rojos amarillentos muy raros, que nunca antes había visto. “Este árbol lucirá precioso en los jardines del Reino” – pensó, a la vez que decidió entusiasmado, acercarse para tocar sus hojas y frutos.

El Príncipe subió sobre unas piedras, que parecían estar clavadas en la tierra, para así estar más alto y llegar al tallo del árbol, pero en ese mismo momento, las piedras se desarmaron y cayeron, igual que el Príncipe, al río.

Los ayudantes del Gran Príncipe Real cayeron en pánico, gritaban espantados de ver a su Real Majestad caer río abajo sin poder hacer nada. El río era caudaloso y bravo, y la corriente se lo llevó, tan rápido, que no les dio tiempo a reaccionar. Habían andado demasiado por lo que estaban alejados del pueblo. Entonces los sirvientes bajaron corriendo con cara de susto a buscar ayuda, y todo el séquito y demás acompañantes emprendieron la búsqueda de su Monarca. Pero todo fue en vano porque no apareció.

Los días transcurrían lentamente, y cada día organizaban turnos de búsqueda. Al caer la noche volvían desanimados sin resultados. El Príncipe no aparecía de ninguna manera. Rastrearón cada camino, río arriba, río abajo. Al pasar una semana, sus ayudantes y fieles servidores comenzaban a perder la esperanza de encontrarle vivo y temían regresar al Reino de las Altas Tierras Rojas.

Un día, en que ya volvían de una desafortunada búsqueda, los dos fieles sirvientes que le acompañaban cuando sucedió el maldito accidente, decidieron cambiar de rumbo y subir a lo alto de la montaña para ver, por fin, de una vez, la bendita cueva a la que no habían podido llegar con su Majestad aquel desdichado día.

-No tiene sentido subir a lo alto de la montaña, si su Majestad fue arrastrado río abajo- respondieron algunos ya cansados de andar una y otra vez por los mismos caminos.

-Pues quedaros aquí, nosotros subiremos a la cueva- dijeron los dos fieles súbditos.

No imaginaban lo estrecho y difícil que sería el camino de subida a la cueva misteriosa, casi se arrepienten de subir, cuando de pronto escucharon unos gemidos que salían del interior de la cueva. Se quedaron paralizados y con asombro prestaron atención al sonido.

Los dos ayudantes reales estaban temblando de miedo. ¿Qué sería aquel extraño ruido que venía del interior de la cueva?.

Al final resultaría que la leyenda de la misteriosa cueva era verdad como se contaba.

-Vamos a escuchar bien que era exactamente de qué se trata- le dijo uno al otro y se acercó un poco más a la entrada de la cueva.

No entendían bien que era exactamente ese ruido. Eran como quejidos. Por momentos les parecía un animal, y en otras ocasiones, les parecía un humano.

-Vamos a entrar de una vez, creo que es una persona- dijo decidido el ayudante más mayor. Entró rápidamente seguido por el otro fiel sirviente y... ¿Qué sorpresa!, allí estaba tirado sobre un lecho de hojas el Príncipe Real y estaba... ¡Vivo!. Aparentemente estaba bien, aunque tenía fiebre muy alta y no paraba de decir cosas.

Lo bajaron al pueblo con ayuda de todas las demás personas que no podían creer que el Príncipe se encontraba aún con vida y nada menos que en la cueva, tan lejos del lugar donde había caído al río.

Estuvo el Príncipe en cama varias semanas, con cuidados muy intensos. Sus fieles ayudantes le velaban el sueño día y noche y estaban muy preocupados porque no dejaba de decir cosas raras, Hablaba dormido sin parar...

-“La Princesa Griselda me salvó –decía una y otra vez. “Griselda me llevo a la cueva...”

-Tranquilo Majestad- le calmaban los ayudantes. Esta delirando, yo creo que ha quedado mal de la cabeza por los golpes de la caída –hablaban entre ellos en voz baja.

-“Buscad a mi amada Griselda, con ella sí me casaré...” –repetía el Príncipe. “Si, si buscadla, ella me ha salvado, vive en la cueva y es eternamente joven y bella...”.

Así pasaron días, semanas y meses, llamando a la hermosa doncella Grisel, que vivía según el Príncipe, en la cueva del alto de la montaña. Los ayudantes reales no tenían duda, el Gran Príncipe había quedado chalado.

Decidieron llevarlo de regreso al Reino de las Altas Tierras Rojas e internarlo en secreto para que nadie supiera de su locura. Fue una gran desgracia para el Reino, con un Príncipe majareta y sin descendientes.

Y fue así como aquel pueblo sin nombre ni renombre, pero fértil, próspero y con unos habitantes encantadores decidió llamarse Grisel.